



Viendo llover en Macondo

MAYRA SANTOS FEBRES ¹¹¹

La mujer marcó la página y cerró el libro. Atrás quedaba la vaca enterrada en la lluvia y los indios apilando muebles para que la inundación no lo dañara todo. Pero las gemelas ciegas se le quedaron instaladas en la cabeza. Allí estaban las dos escuchando la lluvia y esperando. Si escampaba, podrían volver a cantar.

“Dos gemelas ciegas esperando a que cese la lluvia” se dijo la mujer. Estaba sola en la casa, pero de repente se sintió acompañada. Le pasaba desde chica; otra exactamente igual a ella, en una casa paralela, la acompañaba. “Dos gemelas ciegas” repitió, esta vez en voz alta.

La mujer caminó al cuarto de baño. Se miró al espejo y se dijo “ahí está mi hermana”. Pero no eran ciegas. Las dos podían reconocerse, saberse dobles porque comprobaban con la vista la igualdad de facciones. Sus dos bocas ligeramente hinchadas en el labio inferior. La tez color caramelo, pelos ensortijados, frentes amplias, cuatro ojos negros, como de almendra fugitiva. Ahí estaban las dos gemelas, sonriéndose en la broma de duplicarse una frente a la otra. Jugando como hacían desde chicas en la casa solitaria. Siempre se presintió doble, pero se veía singular. ¿Y si fuera ciega? Dicen que los gemelos son un cigoto divi-

111 Nació en Carolina, Puerto Rico. Comienza a publicar poemas desde el 1984 en revistas y periódicos internacionales tales como *Casa de las Américas en Cuba*, *Página doce*, *Argentina*, *Revue Noir*, *Francia* y *Latin American Revue of Arts and Literature*, en New York. En el 1991 aparecen sus dos poemarios: *Anamú* y *manigua*, libro que fue seleccionado como uno de los 10 mejores del año por la crítica puertorriqueña, y *El orden escapado*, ganador del primer premio para poesía de la Revista Tríptico en Puerto Rico. En el 2000 la editorial Trilce de México publicó *Tercer Mundo*, su tercer poemario. Además de poeta, Mayra Santos-Febres es ensayista, y narradora. Como cuentista ha ganado el Premio Letras de Oro (USA, 1994) por su colección de cuentos *Pez de vidrio*, y el Premio Juan Rulfo de cuentos (Paris, 1996) por su *Oso Blanco*. En el 2000 Grijalbo Mondadori en España publicó su primera novela titulada *Sirena Selena vestida de pena* que ya cuenta con traducciones al inglés, italiano, francés y que queda como finalista del Premio Rómulo Gallegos de Novela en el 2001. En el 2002 Grijalbo Mondadori publica su segunda novella *Cualquier miércoles soy tuya*. En el 2005, Ediciones Callejón publica su libro de ensayos *Sobre piel y papel* y su poemario *Boat People*, ambos aclamados por la crítica. En el 2006, primera finalista en el Premio Primavera de la editorial Espasa Calpe con su novela *Nuestra Señora de la Noche*. En el 2009 publica *Fe en disfraz*, con editorial Alfaguara y gana la Beca Jonh S. Simmos Guggenheim. Ha sido profesora visitante en Harvard y Cornell University. Actualmente es catedrática y dirige el taller de narrativa de la Universidad de Puerto Rico. Contacto: mayra.santosfebres@gmail.com.



dido, es decir, una sola persona que por accidente sale en dos. Y dicen que los ciegos son sabios porque no se engañan con la luz chocando contra el límite accidental de las cosas.

La mujer se imagina a ella misma y a su gemela ciegas y muy niñas, ambas envueltas en el manto cálido de una tiniebla inacabable. Se imagina tocando las cosas para saber donde empiezan. Se imagina tropezando con una mano ajena, pero idéntica, cinco dedos, igual tamaño. La sabe ajena porque lo que aquella antena siente ella no lo puede registrar en la espesura eléctrica de su cuerpo. Pero “ajena” le resulta palabra defectuosa. Porque ella sabría presentir lo que la otra mano siente. Sabría a dónde se mueve, qué quiere tocar, cómo descubre la suavidad en la pelambre de un gato, por ejemplo y por ejemplo, cómo se esconde entre los pliegos de la sábana para tocar otras pelambres igual de fieras, igual de dobles y runruneantes. Lo presiente a tal grado que ella misma baja su mano ajena para acompañarla en la sensación y esa sensación es más que compartida, es idéntica, potenciada en dos cuerpos que reclama un mismo cigoto.

Y saber los ecos. La gemela sospecha a la otra dando un paso, allá, envuelta en su tiniebla. Lo sospecha y antes de pensarlo, ella también camina, a tientas, hasta donde la voz del padre las llama a ambas:

-niñas, vengan a cantar.

Las dos abren la boca, sincronizadas. De sus gargantas sale una misma vibración. El padre se sorprende. Como las ve, hasta se aterroriza de saberlas tan perfectas en su doble existencia. Pero ellas están libres, son ciegas. Jamás se enterarán de la monstruosidad de su sincronía. Una levanta una ceja y la otra la levanta. Una siente una presión sobre los músculos del pecho y la otra estira el esternón. Una alcanza un timbre de coro celestial y la otra, puro instinto, la persigue con una sotovoz de susurro, idénticas e iguales sus tonadas, idénticas y múltiples los coros del Salve que el padre les enseña ensimismado y sin saber si aquellas gemelas son dos ángeles o dos inocentes y pequeñísimos demonios de la duplicidad.

Cuatro son los ojos enceguados por nubes azulinas. Dos son las cabezas que giran tras las gotas del aguacero. A distancia un múcaro ulula. Dos son los



cuellos que giran en dirección al ulular. El padre las mira y piensa- Esto se tiene que acabar. Algún día una, la que se llama Irene, por ejemplo se tiene que casar. Algún hombre habrá que caiga enceguecido por el portento de su canto. Y entonces, la que se llama Irene, por ejemplo se irá detrás del hombre para convertirse en una sola mujer. El par quedará separado en dos personas completas. Se acabará la monstruosidad. El padre piensa eso. Y piensa en el Ave María que cantará la que se llama Idalia al sentir a su hermana partir.

Pero en la casa solitaria la mujer piensa que ellas dos tienen un mismo nombre. Habitan en un solo cuerpo, pero son dos. Una es ella, la que tiene ojos de almendra fugitiva, la que conoce donde empiezan las mesas, los espejos y la lluvia. La otra es libre y posee la sabiduría de los ciegos. Sabe que los cuerpos no tienen límites. El padre no la asusta con sus miedos. La mujer cierra los ojos. Quiere encontrarse con la otra, presentirla. Es más, en esos mismos instantes siente que Irene abre la puerta, sube las escaleras de la casa solitaria. Se acerca tanteando por el pasillo. Abre su garganta portentosa. Un hermoso gorgojo sale de su pecho, gorgojeo y ulular de múcaro en la lluvia, cantata de Bach que le enseñó su padre, pero que ella marca tan sólo con la voz, sin musitar mesa o espejo o vade retro, todo un sonido continuo, una vibración completa, indivisible. Esa hermosa canción alarga un cuerda vocal hasta apretar el aire que se cuela en una garganta. La canción es un timbre portentoso que romperá cristales y liberará a la gemela que es ella y la otra y su doble repetido pero ciego, más doble aún porque en la oscuridad las cosas no tienen un nombre ni un límite seguro. La mujer sabe que esta es la canción de su gemela, que el mundo entero la oirá.

Ha parado de llover.